

DEVOCIONARIO ANDALUZ

ISIDORO MORENO / Antropólogo

«Intelectuales y empresarios han traicionado a Andalucía»

JUAN MARÍA RODRÍGUEZ
SEVILLA.—Isidoro Moreno (Sevilla, 64 años) despliega tal torrente de ideas en hora y media, que el periodista lamenta suprimir de un teclazo el relato de las andanzas vitales de este pionero de la antropología andaluza que primero —en aquella universidad oscurantista y opusina de los 60— fue un alumno de beca tan brillante como contestatario. Secretario general del PTE en el 78, Isidoro Moreno firmó el Pacto de Antequera, fundó con Diamantino García la Asociación Pro Derechos Humanos, ha publicado ochocientos trabajos sobre antropología andaluza, fundado un veterano equipo de investigación solidísimo, es catedrático en la Universidad de Sevilla y, en el Centro de Estudios Andaluces, acaba de publicar *La identidad cultural de Andalucía, aproximaciones, mixtificaciones, negacionismo y evidencias*.

PREGUNTA.—De modo que cumple 40 años liderando la antropología andaluza. ¿Qué balance hace?

RESPUESTA.—El interés de los andaluces por la antropología fue muy fuerte en los 70-80: en los libros, en la calle... Pero después viene un plan de desmontaje organizado desde la Junta, básicamente. Ya detecté eso en el 83: tras lo de Tejero, hubo acuerdos por arriba para frenar el avance de la conciencia política andaluza y de otros sitios. Pero aquí más, porque Andalucía era la que había roto el espíritu de la Constitución.

P.—¿Y fuimos castigados por ello?

R.—Sí. Hemos sido castigados por el atrevimiento de ascender a primera división, donde ni nos esperaban ni siquiera aquí les interesaba. Nuestras cuatro sillas ahí no han sido nunca ocupadas. Aquí se desmontó la conciencia política de los andaluces como tales. Yo recuerdo un año, a mediados de los 80, que no hubo Día de Andalucía. Se suprimió el 4 de Diciembre. Es una anécdota con bastante significación simbólica. O no se desarrolló el Estatuto —ya rebajado, eh— en asunto de materias andaluzas en la enseñanza. En fin, todo eso vino con la reacción de los jacobinos del PSOE tras la defenestración de Escudero...

P.—Sin embargo, por otra parte, lo «andalú», incluso en su sentido más chusco, se ha potenciado, ¿no? ¿O es una ilusión óptica de andalucismo?

R.—Es cierto, pero eso forma parte del mismo desmontaje de la conciencia sería a favor del esperpento, lo chusco y el estereotipo falseador de lo andaluz... La televisión tardó 10 años en ponerse en marcha y cuando lo hizo sólo sirvió al deterioro de la cultura andaluza alimentando lo más convencional. Porque alentar lo falsamente andaluz es la forma de cargarse lo andaluz porque aquí había que evitar que lo que era un gran problema social se convirtiera en un gran problema político.

P.—¿El debate andaluz está muerto?



CARLOS MÁRQUEZ

«Hay un desmontaje de la conciencia política andaluza organizado desde la Junta»

R.—Yo no diría muerto... Los datos dicen que un porcentaje de andaluces muy alto sigue sintiéndose andaluz más que cualquier otra cosa. Pero no en términos políticos; ese espacio nunca fue ocupado.

P.—Lo fue: el PA llegó a tener 5 diputados. Pero los dilapidaron.

R.—Sí, pero eso sólo significa que esa fuerza jugó a la política con una dosis de oportunismo muy fuerte.

P.—¿Traición histórica?

R.—Más que traición, un oportunismo histórico muy negativo quizá porque la cúpula de esa organización —donde había gente magnífica como Pepe Aumente o De los Santos— nunca ha sido nacionalista. Lo que pasó fue que algunos espabilados vieron un espacio desocupado y dijeron: «Pues vamos a ocuparlo».

P.—¿Cómo explica la paradoja de que haya un sentimiento andaluz muy fuerte y, al mismo tiempo, un espacio político andaluz desocupado: una identidad hueca?

R.—El sentimiento es muy fuerte, sí, pero políticamente, no. Ahí hay una serie de factores catalizadores y de bloqueo que han actuado... Es el tema de la «identidad desbordada», que dice Castilla del Pino: defender eso provoca más dificultades a la to-

ma de conciencia política andaluza que, ahora con la globalización, es aún más importante que hace 30 años porque en las sociedades en red, o eres un nudo o desapareces. Mira que es chocante tener que justificar todavía la existencia de una identidad cultural andaluza que fuera de Andalucía no se discute. Pero aquí sí; y sobre todo, desde la izquierda. Ese tic universalista nos pierde. Todo eso de que «Andalucía no existe», de Castilla del Pino o las dudas de Bonald...

P.—¿La traición ha sido de los intelectuales?

R.—Pues, sí: salvo excepciones, los intelectuales han sido servidores de la clase alta analfabeta andaluza o instrumentos del nacionalismo español negador de Andalucía. La gran mayoría: antes y ahora. Pero esto ya lo avisó Blas Infante, que habló de «la pseudointelectualidad que nos niega». Falta pensamiento y compromiso con Andalucía. Y los empresarios, igual: su aspiración es ser rentista. Venden a las multinacionales y a vivir... La retórica dice que hay mucho músculo andaluz, pero nada.

P.—¿No cree que el problema de lo andaluz es el exceso de identidad? Vicente Núñez: «España es un capricho andaluz».

R.—Eso es falso. Ningún pueblo tiene exceso de identidad. Lo que pasa es que para construir una cultura española que no existe se han usado unos marcadores andaluces para negar el carácter plurinacional del Estado español y la propia especificidad de Andalucía. Tenga en cuenta

«La autonomía es centralista: que la capital se pusiera en Sevilla fue un error grave»

que en el siglo XIX, buena parte de los gobernantes españoles fueron andaluces y eso dio prestigio y visibilidad a ciertos rasgos. Además, la tentación de tomar a la cultura andaluza fue muy fuerte porque, como ya dijo Ortega, la andaluza es la cultura «más radicalmente suya».

P.—Pues ésa es la teoría de tantos intelectuales: que por su fuerza natural, arrolladora y espontánea, lo andaluz se confundió con lo español...

R.—Eso de «lo natural» no existe ni en la lluvia... La «naturalización» de los procesos antropológicos es inadmisibles.

P.—Pero parece evidente que la capacidad andaluza para generar señas e imaginario no la tienen, ni remotamente, otras comunidades...

R.—Sí, eso es cierto, en parte. Sí, somos el pueblo más diferente y potente de la Península. Por eso tienen que desactivarnos. Y aquí lo que se ha hecho es potenciar esas señas, pero frivoliéndolas y banalizándolas.

P.—¿Cree que la comunidad está «cerrada»? Es decir, articulada territorial y socialmente. ¿O no?

R.—Como territorio, Andalucía tiene una continuidad de casi 20 siglos, de las mayores de Europa... Ahora bien, usted quizá se refiera a

los localismos que, si, tal y como se dan, son un problema, podrían no serlo si se hubiera activado el municipalismo, que no es localismo, eh: Blas Infante hablaba del municipio como unidad básica, de modo que una federación de municipios podría construir Andalucía; pero no al revés, que es lo que hay. Porque aquí la autonomía es centralista. Que la capital se pusiera en Sevilla fue un

error grave porque ya se sabía que daría pie a fortalecer algunos localismos. Aquí la capital tendría que haber sido Córdoba, por historia y porque no suscita odios. O, ex novo, Antequera. Otro error del PSOE fue cargarse la comarcalización, para convertir a las diputaciones en una caja de reptiles.

P.—¿Y cómo van los traumas y los complejos andaluces?

R.—Sí, los estereotipos del XIX: el andaluz como perezoso en el que pica Ortega con aquello del «ideal vegetativo de la existencia»... Aquí hemos avanzado porque la dramática emigración de los 50-60 demostró que los andaluces tienen una capacidad de trabajo tan alta como la de cualquiera. Pero en el habla, muchos maestros siguen castigando y ridiculizando a los niños por hablar andaluz. Parece un complejo de inferioridad esto: y se da mucho en periodistas que, no se por qué, hablan en público afectadamente.

P.—También se ven rasgos de lo contrario: hay como un orgullo de hablar mal, en un «andalú» analfabeto y terrible...

R.—Sí. Yo critico lo mismo la imposición de la norma castellana que la de una supuesta norma andaluza que llega al esperpento. Porque aquí se ha fomentado la tendencia a la hiperactuación. Eso está también en la campaña para desmontar lo andaluz. Hay que estar atentos a las discriminaciones, pero también a que tengamos una autonomía de primera división gobernada por gente que no cree en ella. Y hay que exigirle más responsabilidad a la sociedad civil: que estamos cortitos, eh.

P.—Un colega suyo, Salvador Rodríguez Becerra, planteaba asumir, en términos productivos, nuestra potencialidad folclórica: «El Norte produce hierro y el Sur, imaginario».

R.—Cuidado con explotar los fenómenos culturales: eso lleva a la hiperactuación. Lo cultural debe tener un valor de uso propio y, sólo con muchas prevenciones, también económico y de mercado.

P.—¿Esas prevenciones se están teniendo con el flamenco?

R.—En el flamenco hay un serio peligro, eh. Es un marcador de identidad. Pero, ¿por qué ha sido escogido él y no otras expresiones? Todo se concentra en el flamenco y es porque se vende muy bien. Pero me pregunto si lo quieren por su valor identitario o por su valor de mercado, porque ambos valores pueden llegar a ser contradictorios e incompatibles. Y al flamenco lo están forzando.